

ASUMIR LA HISTORIA HACER LA HISTORIA

IGNACIO CASTILLO S.

SERIEDAD Y RISA

La cuestión del cristiano, de los cristianos, es el amor concreto y operante para con todas las personas. Esa posibilidad de amor concreto y universal tiene un Nombre y una historia en Jesús de Nazareth, a quien proclamamos hijo de Dios y Señor de la historia. La cuestión del cristianismo es asumir la historia como simultáneamente relativizada y absoluta por el acontecimiento de Jesús y por la presencia de su Espíritu en la humanidad; historia relativa por su precariedad siempre abierta hacia el futuro y absoluta porque el amor se juega definitivamente en cada situación. Esta presunción, que es apuesta, se ha quedado muchas veces mutilada, como práctica y como teoría, y así nos encontramos, hemos sido socializados, en un cristianismo que puede reirse desinteresadamente de la historia, de los procesos de lucha y esperanza de las personas concretas en sus precariedades y alienaciones, incluso las nuestras; o a lo más juzgarlas y condenarlas desde fuera, desde la eternidad, porque lo nuestro sería lograr a toda costa la salvación eterna individual y colectiva, salvación de todo el hombre, por supuesto.

El vaciamiento del cristianismo, como doctrina, en categorías abstractas y espirituales ha sido la condición de existencia material y formalista de las iglesias en las sociedades liberales dominantes hasta el capitalismo de las metrópolis de nuestros días. Por eso Occidente, cada vez más secular y pagano, se aferra a la custodia de los valores y la herencia cristiana. Pocas hay hoy tan interesados en nuestras iglesias como la CIA.

Marx y Engels, deudores de su tiempo, van elaborando una crítica a la religión, al cristianismo de sus espacios y época, que partiendo de la perspectiva racionalista metafísica liberal se va haciendo más coherente como teoría social en algunos fragmentos de las obras de la madurez. No son ellos los primeros socialistas ateos ni es el ateísmo comunista el

punto principal de la crítica del Occidente al marxismo. Y es que el punto central del marxismo no es la crítica a la religión en cuanto tal, o al cristianismo, sino la praxis social iluminándose en una teoría que pretende ser la ciencia en cuanto que va siendo capaz de producir realidades sociales radicalmente distintas del capitalismo: sociedades socialistas. La conditio sine qua non del marxista sería tomar en serio el quehacer histórico.

Se pueden hacer consideraciones en abstracto del cristianismo y el marxismo como doctrina, sistemas cerrados de verdad, formas de culto, etc. Aunque consideraciones tales puede que sean útiles, incluso necesarias, pienso que es más pertinente referirse al cristianismo y al marxismo como movimientos sociales de nuestra historia presente. Como movimientos históricos marxismo y cristianismo no sólo tienen, obvio, orígenes distintos —a pesar de que el marxismo ha nacido y ha dado la mayoría de sus frutos en sociedades cristianas— sino que no se deberían ubicar en una idéntica esfera de acción social. Tampoco se trata de dos ámbitos diferentes o independientes ya que ambos se refieren al futuro histórico, a la construcción de sociedades.

Hoy el cristianismo aparece como una religión que ha conformado en gran medida la realidad histórico-cultural de dos continentes y desde estos ha logrado influir en todo el planeta, y también ha hecho algunos prosélitos de relativa importancia fuera de su gran mare nostrum. Aunque quizás no nos guste mucho, no es osado afirmar que el cristianismo es hoy básicamente el Occidente Cristiano. Esto significa que el cristianismo está ligado a los logros y las catástrofes de su radio de acción desde antes de Constantino, pero sobre todo a partir de la interconexión asimétrica planetaria propia del capitalismo de los dos últimos siglos; por supuesto que también está ligado a la domesticación de las tierras que se llamaron americanas, y a sus gentes, así como al feudalismo europeo y a la fragmentación

del imperio romano y a otra serie de sucesos más modestos. ¿Cómo entendemos los cristianos nuestro pasado? El olvido es una forma de risa.

El marxismo por una parte como movimiento social se ha difundido por todo el mundo, en bastante poco tiempo, a partir principalmente de la revolución rusa. También —tampoco les gustará a algunos— el marxismo hoy hay que referirlo básicamente a las experiencias históricas en las que se ha hecho carne, a los estados comunistas del este europeo y el norte de Asia y algunos otros lugares geográficamente distantes del gran foco (o los focos) del Este. Cuba es una referencia imprescindible para los latinoamericanos. El marxismo debe asumir los logros y los problemas —no han faltado catástrofes— no sólo de las experiencias cerradas dentro de los países socialistas sino de la lucha revolucionaria que han mantenido sus prosélitos en todos los países del universo mundo. Si la historia hay que tomarla en serio, hay que tomarla en serio.

El capitalismo lo conocemos (no faltarán los que digan que más vale malo conocido...). La pregunta por el Dios Vivo del cristianismo y la pregunta por el humanismo de los marxistas pueden cerrarse con un no que es renuncia a la historia: ni Marx, ni Cristo. Vamos a ver si viene un aerolito.

No se trata de hacer una apologética del cristianismo como religión hacedora de historia y del marxismo como praxis revolucionaria. Lo suponemos, y probablemente nos equivocamos, innecesario.

Se trata de que andan por ahí grupos cada vez más numerosos de cristianos que se proclaman, o se les acusa, como cristianos marxistas, porque como movimiento histórico mundial el marxismo sigue siendo confesionalmente ateo y el cristianismo, pro-capitalista.

SUSTANTIVOS Y ADJETIVOS

El problema de los cristianos marxistas es, en parte, un problema de nominalismo. Puede haber por ejemplo un co-

munista ateo cuya praxis social sea anti-revolucionaria, incluso reaccionaria, y su comunismo una forma de acceso a la intelectualidad en el poder; puede haber un empresario materialista que se llame y sea llamado cristiano porque va a misa y lucha contra el comunismo; un clérigo puede ser acusado de comunista y ateo por defender a un socialista injustamente prisionero, o ser llamado cristiano porque le gusta el agua bendita y canta el Te Deum, y serlo. Lo de las palabras no es tan importante aunque cada palabra tiene su historia y sus constelaciones semánticas.

¿Quién se proclama como cristiano freudiano, o como cristiano tomista o como cristiano newtoniano o einsteniano o lefebrista? El adjetivo es generalmente una valoración o un estigma. Fulano es cojo, zutano es valiente, aquellos comunistas!. En la historia del cristianismo ha habido una serie de cualificaciones estigmáticas (o estimativas) sobre personas y movimientos eclesiales: helenizantes, bárbaros, aristotelistas, mundanos, liberales, modernistas; gente dada a la alquimia sospechosa de los árabes, parcializados por los indígenas, excéntricos, iluminados, o seguidores de ideas tan nefastas como las de Galileo, o Servet o Teilhard. Un cierto pudor sería bueno en la imposición y valoración de adjetivos. Pero las adjetivaciones y las valoraciones semánticas son parte —aunque poco importante— de la lucha. Y aquí de nuevo, la adjetivación para el desprestigio no es patrimonio exclusivo de las iglesias, también el marxismo la ha practicado hacia dentro y hacia fuera: filisteos, revisionistas, cristianos, reformistas, pequeño-burgueses, etc. Y Jesús calificó a los escribas fariseos... y a los pobres, y a los perseguidos, etc.; y fue cualificado de blasfemo, comedor y bebedor, amigo de prostitutas y pequeños empleados públicos, demagogo. Y Marx le cayó a Proudhon, y Stalin a Trotsky, y Mao a los rusos, y los chinos a la mujer de Mao, y Brezhnev a Carrillo, y Teodoro y José Vicente y Américo y como decía en El Nacional Naoz los animales servimos para todo. También los animales cristianos.

Como proceso social, con significación histórica, el descongelamiento, el diálogo, sobre todo la colaboración entre marxistas y cristianos son hechos recientes que surgen principalmente en regiones latinas: Italia, Francia, España, nuestros países americanos. No se trata ahora de hablar del eurocomunismo, o del marxismo cálido y utópico, o de los marxianos. Hay algunos cristianos, que en la situación de sus respectivos países, están asumiendo críticamente el marxismo como teoría y praxis social. Son gente que en sociedades establecidamente cristianas luchan por la justicia y necesariamente

desenmascaran el rostro cristiano del ateísmo práctico (la opresión del hombre). No están como mono con huevo, aunque pueda haber ingenuidades. No son ninguna Síntesis Dialéctica de dos corrientes encontradas; asumen el estigma marxista de ser cristiano y el estigma cristiano de ser marxista, las deficiencias de ambos movimientos y también sus positivities.

TOLERANCIA Y DISIDENCIA

De un modo u otro, todo movimiento histórico busca una concreción social que a la fuerza se va delimitando en características concretas. El acento en determinados rasgos que determinan la posibilidad y la calidad del proceso social y sus metas, tiende a totalizarse. Quienes creen poseer la plenitud de la verdad religiosa, científica, política o estética, o filosófica, o económica, o lo que se quiera, llevarán adelante una praxis social que trate de imponer las propias convicciones. Por esto el centro de todo movimiento



histórico, es el problema del poder: la capacidad de establecer en toda una sociedad lo que se cree verdadero, o mejor, o correcto. Si una convicción no es expansiva, no es convicción. El marxismo y el cristianismo, como el capitalismo liberal de los social demócratas, son ejemplos claros de estas pretensiones de validez universal. Con la revolución todo, sin la revolución nada, dirá Fidel; y hoy por hoy, tiene razón. Pero también tienen razón las confesiones religiosas a exigir el derecho de expresión social y de captación de fieles. Y aquí las apariencias de sumo bien de los gobiernos burgueses. Pero conviene notar —a veces se olvida— que las instituciones religiosas fuertes han logrado acomodarse y entenderse con los partidos comunistas en el poder de modo bastante similar a como lo han logrado con los gobiernos capitalistas liberales. Lo que pasa es que la primera pregunta del cristiano no es por el templo sino por el amor efectivo al hombre concreto: el analfabeto, el

enfermo, el paria, el asalariado, el desempleado, la viuda, el huérfano y el extranjero... y también por el injustamente preso o perseguido o relegado.

Ciertamente que la especificidad del marxismo como movimiento histórico en nuestros países está en la consolidación de partidos políticos cualitativamente capaces no sólo para la toma del poder sino también para terminar con un ejercicio del poder que, a nombre de la libertad verdadera, opera como coaccionador de las mayorías (y las minorías) en beneficio sea de la burguesía, sea de la burocracia de partido, sea de una determinada confesión religiosa, o de quien sea. Claro que las condiciones objetivas para la libertad de todos no se logran sin la restricción efectiva de las libertades de los poderosos. Pero ¿quién controla a los controladores?

Los cristianos, tomándonos en serio el quehacer histórico, no podemos poner entre paréntesis la realidad de la política como partidos políticos que buscan el poder, el control del Estado, para realizar determinados proyectos sociales. La política es el lugar privilegiado de la praxis cristiana. Se acabaron los tiempos de la ingenuidad no neutral en los que el argumento de que la política es siempre sucia autopreservaba en las catacumbas públicas de los templos al pueblo sencillo, a muchas doñas piadosas y a pocos pero virtuosos caballeros cristianos. Las democracias cristianas como movimientos políticos han reabierto —digo reabrir porque esa fue praxis ordinaria de los cristianos hasta el liberalismo— la actuación explícita del cristiano en la política y simultáneamente han mostrado su propia incapacidad de proponer un modelo concreto y real distinto del capitalismo. Es difícil para los cristianos superar el modelo político-religioso de la ciudad de Dios o de las cristiandades nacionales en expansión. Hoy en Venezuela la democracia cristiana no es un movimiento confesional religioso y hace tiempo que nadie en su praxis política partidista (ayudas y honores) y en su discurso (léase por ejemplo el discurso de Carlos Andrés Pérez del 23 de enero del 78) llevara y trajera tanto a Dios como los adecos. El problema político no es Dios sino el poder.

El cristianismo no puede reducirse a la praxis política partidista aunque tiene que pasar por ella. El ámbito específico de las iglesias o de las comunidades de creyentes cristianos no es la formación ni mucho menos el control de partidos políticos socialistas "verdaderamente tales", lo cual no excluye, más bien lo contrario, la participación de cristianos, y aun de clérigos, en partidos políticos marxistas. ¿Habrá un espacio propio del cristianismo como praxis de amor y expresión de la propia fe diverso del espiritualismo alie-

nante y la reducción político-partidista? Parece que algunas comunidades cristianas lo van encontrando. Comunidades que se proclaman o son acusadas, o ambas cosas, como marxistas. Fenómeno multilocal, incipiente, emblemáticamente significativo y suficientemente probado en persecuciones, cárceles y asesinatos como para que se pueda colegir que no se trata de un juego. Tontos útiles sí, como tontos.

La disidencia es uno de los fenómenos típicos tanto de Occidente como del Este. La intolerancia con el disidente es rasgo típico del Este y hay razones históricas que la explican aunque no la justifiquen, id est: occidente sólo tolera la disidencia mientras no sea verdaderamente peligrosa. Ya a Allende no podemos preguntarle... pero tendrían que preguntarse las gentes de las izquierdas radicales chilenas si fueron tolerantes (si tuvieron sentido y responsabilidad histórica) con respecto al proceso de la unidad popular. También la disidencia se da en el seno de las Iglesias.

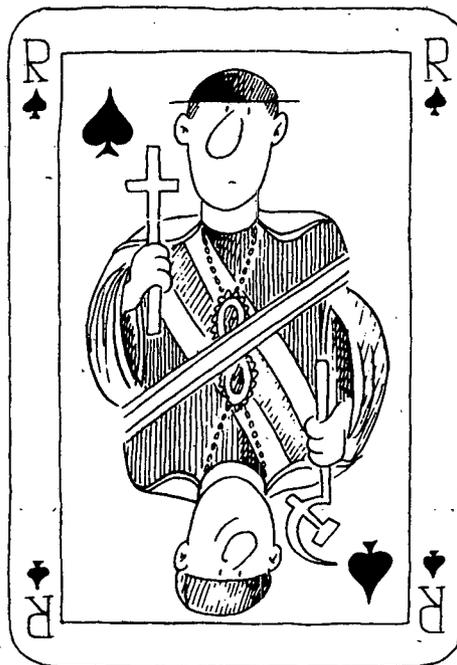
Ahora, este tipo de enfoque desde categorías como institución y disidencia privilegian la referencia a lo institucional como primero. Son las situaciones históricas, los proyectos societarios los que deberían medir la validez de lo institucional. Es en el contexto de los conflictos sociales globales deben ubicarse los conflictos intra-institucionales.

¿PACTO CON EL DIABLO?

Capitalismo y comunismo son deficientes, pero ¿cuál es menos malo? La pregunta es inútil porque la respuesta siempre pasa por la subjetividad de la experiencia y praxis de vida individual y colectiva. Nada hay en el entendimiento que no haya pasado primero de algún modo por los sentidos; y lo que se recibe, en el orden del conocimiento, se recibe al modo del sujeto receptor; dirían los escolásticos que debieron ser materialistas. Los filtros de la comunicación, dirán los expertos, o cada uno habla de la feria, según el decir popular peninsular, como le va en ella. Pero estas afirmaciones no son tan absolutamente explicativas tomadas mecánicamente.

Cierran los estados socialistas-sus fronteras para que la gente no salga, y hay razones para ello, que en otro lugar daremos. En los países llamados libres los ricos, los poderosos y las religiones lo gran imponer a las gentes la convicción de que el capitalismo es el único camino adecuado. Pero no a todo el mundo. Bastantes hijos de los grupos medios, en la universidad sobre todo; muchos, relativamente pocos, obreros, campesinos y desempleados, comienzan a ver que la cosa debiera ir por otro lado...

No basta abrir los ojos al marxismo, aceptar su validez, sea por la experiencia de la lucha social desde un grupo determinado que espontáneamente se ilumina, sea por el estudio concienzudo en la búsqueda de soluciones. El marxismo de Marx —distinto de los catecismos ortodoxos a los Konstantinov o de la vulgarización althusseriana de la Harnecker— no es un texto cerrado de salvación, una nueva sagrada escritura necesitada de hermeneutas ni va a resultar más o menos fecundo por la libre interpretación o la ortodoxia. Es una gran tentación para los cristianos que se acercan al marxismo desde las acciones concretas, asumir el marxismo como vulgarmente se le encuentra: ese marxismo mecanicista que asume la historia como un proceso lineal en el que se cumple la



dialéctica de la restauración del hombre primitivo (paraíso terrenal) no alienado (por el pecado original de la propiedad privada) mediante la revolución (salvación) obrada por el proletariado (Cristo-Mesías) como necesidad que surge de las contradicciones de la sociedad burguesa (Israel en la plenitud de los tiempos). El marxismo para el cristianismo no puede ser la lectura actual del sentido del cristianismo. Se dice que el marxismo es la adecuada mediación histórica hoy, como praxis política y como ciencia de la sociedad y de la historia, de la fe; y que es una mediación no totalizante. Que las categorías, el método, sirven para los análisis concretos de nuestra situación. Capitalismo, modo de producción, lucha de clases, pueden ser categorías tan encubridoras de lo real como salvación, amor y unidad. Pienso, por otra parte, que los cristianos comprometidos en la lucha por la justicia no pueden determinar si el marxismo puede ser praxis y ciencia prescindiendo de una filo-

sofia ellos solos. Cuáles sean las exigencias filosóficas totalizantes del marxismo es ante todo asunto de los marxistas (que generalmente son ateos). Puede ser que los cristianos ayuden. Pero eso no es lo importante, lo importante es la liberación del pueblo. Como si nada hubiéramos dicho, aquí comienzan los problemas.

Digo que como si nada hubiéramos dicho porque el asunto es hacer la historia. Asumir en la práctica social la tarea de construir entre nosotros una sociedad socialista. Por una parte los creyentes creando y fomentando organizaciones de base en las que el pueblo —que reinterpreta los símbolos cristianos que dieron sentido a su opresión secular— resiste, lucha, espera y celebra la esperanza, haciéndose evangelizador, anunciando la buena noticia. Por otra, los partidos socialistas y los sindicatos que son cauces primeros e imprescindibles para la realización del proyecto histórico. Aquí surgen los conflictos y los roces reales: valoraciones prácticas de los marxistas con respecto a lo que suene a religioso; acomodados, mimetismos y transacciones en orden al liderazgo por parte de los cristianos, hasta hace poco tiempo embarcados en otros proyectos... presiones por parte de los grupos políticos más radicales para que los cristianos rediman su culpa; pérdida, en algunos casos, del sentido de la fe en la praxis política; poner entre paréntesis las cuestiones ideológicas para lograr alianzas tácticas...

Afortunadamente estamos lejos de un entendimiento entre autoridades religiosas y líderes políticos marxistas, en nuestros procesos: sería una traición al proceso mismo (repetir la historia). No que no fuera bueno que estuvieran más comprometidos en la lucha por la justicia. Es el mismo proceso, en cuanto que se va dando y en el modo como se va dando el que pone en juicio la acción, y la teoría, de los sectores que trabajan por su realización. Algunos cristianos (y entre ellos algunos cristianos marxistas) y los marxistas.

Dentro de un proyecto histórico socialista, no sólo en su racionalidad científica, sino en el carácter humano de sus condicionamientos y fines, los cristianos podríamos hacer un aporte, sin que seamos la divina pomada y sin temor a poner en juego las formas ideológicas en las que se expresa nuestra fe.

No se trata de parafrasear aquello de Bloch de que no se puede ser un buen cristiano si no se es ateo y no se puede ser un buen ateo si no se es cristiano, diciendo ahora que no se puede ser un buen marxista si no se es cristiano y no se puede ser cristiano si no se es un buen marxista, aunque no deja de haber algo de esto.

Suprimen con cierta frecuencia la existencia de cristianos marxistas